*Acta Botanica Mexicana* 91: 1-7 (2010)

# ROGERS MCVAUGH (1909-2009)

Rogers McVaugh nació en la ciudad de Nueva York el 30 de mayo de 1909. Se doctoró en la Universidad de Pensilvania en 1935. En esa casa de estudios obtuvo su entrenamiento en materia de sistemática de plantas superiores y su tesis versó sobre las especies de *Lobelia* del este norteamericano.

Poco tiempo después de haber recibido el grado ingresó como profesor asistente a la Universidad de Georgia, donde laboró durante los siguientes tres años, continuando las investigaciones relacionadas con la familia Campanulaceae.

En 1938 se mudó a la ciudad de Washington aceptando un puesto en la División de Exploraciones e Introducción de Plantas, dependiente del Departamento

de Agricultura. Entre las diversas tareas que le quedaron asignadas en este nuevo trabajo fue el estudio de "black cherries" silvestres que crecen en Estados Unidos, así como en México y que de este lado de la frontera denominamos capulines. Otros grupos de plantas en que incursionó durante su vínculo con de Departamento de Agricultura fueron la familia Myrtaceae, conjunto conocido por su taxonomía muy difícil, y las no menos evitadas Euphorbiaceae.

Ya terminada la segunda guerra mundial, en 1946, decidió regresar a la vida académica. Solicitó y obtuvo el puesto de encargado del herbario de plantas vasculares de la Universidad de Michigan en Ann Arbor, mismo que desempeñó durante los siguientes 23 años.

Por espacio de un lustro más siguió interesado en la sistemática de los capulines y partiendo de la hipótesis de que la clave de la filogenia y del proceso evolutivo de este grupo se encuentra en el territorio de México, organizó y condujo una expedición que lo llevó a numerosos parajes de las sierras de nuestro país.

Este viaje y el intenso trabajo de campo realizado permitió acabar de resolver la taxonomía de los capulines, tema que quedó plasmado en las publicaciones dadas a conocer en 1951 y 1952. Sirvió también para que la tan variada y tan mal entendida flora de México dejara prendado a McVaugh para el resto de su vida.

Hacia finales de la década de los cuarentas quedó cristalizado en su mente el magno proyecto del inventario de las plantas vasculares del occidente de México que denominó Flora Novo-Galiciana, en recuerdo del nombre de la provincia de la Nueva Galicia, de la temprana época colonial que corresponde aproximadamente al área planeada para este estudio.

El territorio de esta Flora incluye las superficies completas de los estados de Jalisco, Aguascalientes y Colima, así como áreas adyacentes del sur y del este de Nayarit, del sur de Zacatecas, del extremo meridional de Durango, además del oeste de Guanajuato y de Michoacán. El área así delimitada y seleccionada, de aproximadamente 150,000 kilómetros cuadrados, resulta de singular importancia estratégica para el conocimiento de la Flora de México, pues incluye importantes tramos de la Sierra Madre Occidental, del Eje Volcánico Transversal, de la Sierra Madre del Sur, al igual que de la Altiplanicie Mexicana y de un largo sector costero.

Ni tardo ni perezoso puso manos a la obra. Entre 1949 y 1974 consiguió los fondos para organizar y realizar 12 largas expediciones y muchas otras visitas más cortas, específicamente dirigidas a la profunda exploración botánica de la zona, que en conjunto sumaron más de dos años de intenso trabajo de campo. No le interesaron gran cosa los alrededores de las principales poblaciones ni vías de comunicación. Buscó la forma y no escatimó esfuerzos para entrar a los parajes mejor conservados

y más recónditos, tanto de las montañas, como de las barrancas y de los terrenos pantanosos. Por lo general viajó y caminó acompañado de estudiantes o de otro tipo de colaboradores y la mayor parte de las noches el grupo acampaba preferentemente en lugares alejados de los poblados y se dedicaba a preparar, documentar y secar los ejemplares colectados mediante un equipo perfeccionado por el propio McVaugh y que funcionaba a base de lámparas de petróleo. La mayor parte de los desplazamientos se realizaron con vehículos motorizados, pero muchos otros había que hacerlos a caballo o a pie.

Estableció estrechos vínculos con los botánicos mexicanos de aquella época. Así, en Guadalajara se conectó con Luz María Villarreal, Agustín Gómez y Gutiérrez y con Carlos Díaz Luna, y también con varios de sus alumnos. En la capital de la República se relacionó y buscó colaboración de Maximino Martínez, de Faustino Miranda, de Efraím Hernández Xolocotzi, de Eizi Matuda y de Jerzy Rzedowski. Procuró que al menos un tanto de sus colectas estuviera representado en alguno de los herbarios de nuestro país y faltó a pocos congresos mexicanos de botánica.

El fruto global de sus expediciones, incluyendo algunos viajes adicionales de sus colaboradores y estudiantes, totalizó más de 20,000 números de colecta, que con las réplicas representan cerca de 100,000 ejemplares.

En 1974 McVaugh dio por terminada la serie de intensas exploraciones del territorio de Nueva Galicia, continuando con la aún más absorbente y complicada fase de la propia preparación de la flora. Para entonces tenía 65 años y en 1979 le tocó el retiro obligatorio de su puesto activo en la Universidad de Michigan.

A raíz de su jubilación decidió mudarse a Chapel Hill, sede de la Universidad de Carolina del Norte, donde vivía y laboraba su hijo y donde los inviernos no acostumbran ser tan crudos como en Michigan.

Allí obtuvo una adscripción honorífica al Departamento de Biología de la Universidad y un lugar apropiado para continuar su trabajo.

En contraste con lo que acostumbran hacer muchos otros, McVaugh tomó al toro por los cuernos. Inició la elaboración de la flora abocándose al estudio de los grupos más grandes, pesados y complicados, por lo que a pesar del gran avance logrado, los primeros tomos tardaron en publicarse. De los 17 planeados el primero en aparecer fue el volumen 14, correspondiente a las gramíneas, que vio la luz en 1983. Un año después salió el más extenso de todos, a mencionar el 12, que incluye 750 especies de compuestas en 1157 páginas. En 1985 se imprimió el 16 que abarca las orquídeas y en 1987 el 5, propio de las leguminosas. El conjunto de estos tomos corresponde aproximadamente a la tercera parte del total de la flora estudiada y es el fruto de más de 15 años de labor casi ininterrumpida.

De entonces a la fecha se publicaron cinco tomos adicionales, con los que quedó incluido todo el grupo de monocotiledóneas, así como las pteridofitas y las gimnospermas.

Aunque es notable y asombroso el monto de la producción de McVaugh, la calidad de su trabajo sin duda excede en relevancia a la cantidad. Gracias a la experiencia acumulada en el oficio taxonómico y nomenclatural, sus identificaciones y decisiones son de excepcional confianza. En este contexto no escatimó esfuerzos de revisar tipos y otras colecciones antiguas en numerosos herbarios americanos y europeos. Tampoco desdeñó la consulta de las colecciones mexicanas, cuya importancia ha ido creciendo en forma substancial a partir de la década de los sesentas.

Las descripciones y las claves están preparadas con gran esmero y detalle y son el resultado de cuidadosas observaciones, no de copias de descripciones preexistentes. No se esconden los aspectos y los problemas no completamente bien resueltos. Todo lo contrario, se plantean abiertamente las dudas y las incertidumbres, lo que constituye una actitud honesta y loable desde el punto de vista de conocimiento científico, pero que a menudo no deja de crear situaciones incómodas para usuarios que requieren de una sencilla identificación de sus plantas.

La mayor parte de la obra está ilustrada con excelentes dibujos originales, cuya elaboración fue supervisada por McVaugh de manera meticulosa.

La presentación y el cuidado editorial de los libros son prácticamente impecables y cuesta mucho trabajo encontrar un error, a pesar del variadísimo vocabulario de nombres científicos y de sus autores, no pocas veces de complicada ortografía, de descripciones llenas de tecnicismos, de palabras y textos provenientes de diferentes idiomas vivos o muertos, así como de nombres geográficos mexicanos. En esta tarea, es preciso agregar que el autor ha recibido una substancial ayuda de William R. Anderson, quien funge como editor general de la obra.

Anderson ha sido el más fiel y cercano de todos los alumnos de McVaugh y la formidable presentación de la Flora Novo-Galiciana tiene mucho que agradecerle.

A diferencia de muchas otras disciplinas del saber, la botánica (al igual que la zoología) sistemática no entierra a sus precursores y antecedentes. Las principales obras de los siglos XVIII y XIX siguen siendo fuentes de consulta permanente, al igual que una importante proporción de colectas realizadas en aquellas épocas, pues uno de los fundamentales principios de la nomenclatura de plantas es el relativo a la prioridad cronológica.

De allí resulta el hecho de que un buen taxónomo vegetal necesita del entrenamiento en materia de historia de la botánica para poder interpretar apropiadamente

la secuencia de la acumulación y aclaración del conocimiento sobre cada grupo de plantas.

En tal contexto, a su vez, no es nada sorprendente que una buena proporción de taxónomos no escapa ante la tentación de dedicar parte de su esfuerzo a pesquisas históricas. Rogers McVaugh es de los han sucumbido profundamente.

Su primera incursión importante en este quehacer terminó con la publicación del libro "Edward Palmer, plant explorer of the American West" aparecido de 1956.

De menor envergadura, pero no de poca trascendencia, le siguieron los desciframientos de los itinerarios de varios colectores europeos que en el siglo XIX se habían desempeñado en el territorio de la República, a mencionar: Thomas Coulter, Henri Galeotti, Kart Theodor Hartweg, Wilhelm Friedrich Karwinski, Eugène Langlassé y Frederic Liebmann.

En 1972 publicó una amplia y documentada relación de la exploración botánica de la Nueva Galicia desde 1790 hasta el presente.

Su máximo y más apasionado esfuerzo en este campo, sin embargo, es el dedicado al esclarecimiento de los pormenores, de la importancia, así como del valor científico y práctico de los logros de la Real Expedición Botánica que exploró la flora de México entre 1787 y 1803, llamada más sencillamente por McVaugh como la expedición de Sessé y Mociño.

El contacto inicial que tuvo McVaugh con los resultados de este acontecimiento botánico tan importante para México, fue en 1945 a través de los materiales de herbario de la expedición, conservados en el Jardín Botánico de Madrid, pero que durante un buen número de años estuvieron prestados al Museo de Historia Natural de Chicago, por iniciativa de Paul Standley.

Al retiro de Standley en 1956, las autoridades del Museo persuadieron a McVaugh para encargarse de la supervisión del proceso de identificación de estos ejemplares, que había quedado inconcluso. Con tal fin se convocó la ayuda de muy numerosos especialistas, 77 de los cuales respondieron positivamente al llamado y para 1964 la última parte de la colección con todas las anotaciones pudo regresarse a Madrid.

El estudio y la catalogación de este herbario despertaron tanto su interés, que de allí en adelante todos sus ratos "libres" decidió dedicarlos a ir descifrando las miles de incógnitas relacionadas con la Expedición. Para dicho propósito realizó un buen número de pesquisas, tanto en México (Archivo General de la Nación, así como otros archivos y bibliotecas), como en Europa, sobre todo en Madrid, Ginebra, Florencia, Londres y Oxford.

El primer ensayo sobre este tema apareció en el Boletín de la Sociedad de México 1969, pero de 1972 a 2000 le siguieron siete trascendentes y algunas muy cuantiosas publicaciones. De particular importancia y utilidad práctica resulta la última, que es una guía ampliamente documentada y profundamente interpretada de alrededor de 3,000 nombres científicos de plantas, que de una u otra manera tuvieron que ver con los resultados de la expedición.

En conexión con su obra relacionada con Sessé y Mociño no puede pasarse por alto lo relacionado con la inusitada aparición de alrededor de 2,000 ilustraciones de plantas (incluyendo algunas de animales), realizadas en el marco de la expedición, principalmente por los artistas mexicanos Juan de Dios de la Cerda y Atanasio Echeverría. De estas pinturas, muchas de las cuales son verdaderas obras maestras, no se supo nada desde el fallecimiento de Mociño acaecido en Barcelona en 1820 hasta su recuperación en 1979. McVaugh viajó expresamente a España para certificar su identidad y una vez adquiridas por el Hunt Institute for Botanical Documentation de Pittsburgh, colaboró estrechamente con este organismo en la identificación apropiada de las plantas representadas, así como en muchos otros aspectos colaterales.

En el haber de McVaugh cuentan 13 libros y 217 artículos publicados. Entre los puestos más importantes que ocupó pueden mencionarse el de director del Programa de Biología Sistemática de National Science Foundation en 1955 y 1956, el de presidente de la Sociedad Americana de Taxónomos Vegetales en 1956, el de presidente de la Asociación Internacional de Taxonomía Vegetal de 1972 a 1975, el de director del herbario de la Universidad de Michigan, de 1972 a 1975, y el de profesor emérito de la misma casa de estudios a partir de 1979.

De los reconocimientos que ha recibido procede destacar:

- el premio al mérito de la Sociedad Botánica de América, en 1977;
- la medalla al mérito botánico de la Sociedad Botánica de México, en 1978;
- el volumen de homenaje de la revista Taxon, en 1979;
- el premio anual Asa Gray de la Sociedad Americana de Taxónomos Vegetales, instituido de 1984 y concedido a McVaugh como primer galardonado;
- el premio Henry Alan Gleason otorgado por el Jardín Botánico de Nueva York en 1984;
- la medalla "Luz María Villarreal de Puga" a la excelencia en la biología, otorgada por la Universidad de Guadalajara en 1993, también como primer galardonado con esta presea;

- el premio botánico del milenio, que ha recibido en 1999 como uno de los ocho botánicos más destacados en el mundo, entregado durante el XVI Congreso Internacional de Botánica;
- la medalla "José Cuatrecasas a la excelencia en botánica tropical", otorgada en 2000 por la Institución Smithsoniana de Washington, igualmente como primer galardonado con este premio;
- el premio del centenario, obtenido de la Sociedad Botánica de América en 2006.

En mayo de 2009 Rogers McVaugh celebró en compañía de muchos de sus amigos y admiradores los 100 años de su vida. Cuatro meses más tarde falleció tranquilamente en su cama.

Era admirador de México, no solamente de su universo vegetal y de su belleza física, sino también de su cultura y de su gente. Lo recordaremos aquí por mucho tiempo.

Jerzy Rzedowski Rotter
Instituto de Ecología, A. C.